

“Nada se opone a la noche”

Delphine De Vigan

ANAGRAMA

La búsqueda de algo que desde un inicio se sabe perdido conduce a un pozo sin fondo; un agujero oscuro e inquietante, si no aterrador. Por eso, antes que nada, conviene valorar la valentía de Delphine De Vigan, por atreverse a encarar durante largo tiempo la reconstrucción de las memorias de su madre, Lucille Pourier, a quien encontró muerta, azul, “de un azul pálido mezclado con ceniza”, dos años antes de emprender la escritura de esta novela íntima y heterodoxa. “Nada se opone a la noche” relata una búsqueda que anida en cada ser humano, pero afecta especialmente a aquellos que viven un momento de pérdida cercana. Tras un tiempo de dudas y debates interiores, la escritora decidió afrontar la recapitulación de la vida de su desaparecida progenitora, precisamente partiendo de ese prejuicio, del rechazo a la convención de escribir sobre la madre, una de las sendas más transitadas por escritores de cualquier generación. Aquí quedan las ficciones de Lucille, su pasión por Mastroianni, la memoria de sus hermanos, las turbulencias de su tiempo. Pero también leemos el engranaje de la construcción de cada episodio, el detenimiento de la escritora al tomar una u otra ruta, e incluso la relación de versiones reales que llevaron a la plasmación ficticia de cada pasaje. Esos parones en la narración, la manera de hilar una madeja dolorosa y enredada, constituyen el triunfo de Delphine De Vigan. Allá donde otros tropezarían afascados, ella logra hacernos ver, aunque sea con la luz que da una cerilla en un pozo. **Albert Fernández**



“Nada. Retrato de un insomne”

Blake Butler

ALPHA DECAY

Si me preguntaran por los nombres más interesantes de la literatura norteamericana más joven y actual, no lo dudaría, pues en mi cabeza, en primerísimo lugar, podrían aparecer los de Tao Lin, Dorothea Lasky o John Jeremiah Sullivan. Sin embargo por encima de estos nombres se me ocurre otro, y es el de Blake Butler, conocido en EE. UU. no sólo por ser el editor de la genial revista HTML Giant (fuente de inspiración para quien quiera estar al día de lo que ocurre en su país) sino también por ser el autor de grandiosos libros, como es el caso de “Nada. Retrato de un insomne”, recientemente publicado en español por Alpha Decay. “Nada” es el ejemplo más claro de que la calidad de las nuevas letras norteamericanas no está de capa caída, como muchos pensaban, al contrario, este libro que se encuentra entre el diario, el ensayo o incluso el género poético es heredero de la literatura universal. Hay en sus páginas una clara influencia de David Foster Wallace, de Clarice Lispector, de Roberto Bolaño, o incluso de Mario Levrero, John Ashbery y Sylvia Plath. La manera de narrar de Blake Butler es delicada, pero al mismo tiempo está llena de una fuerza gustosa que empuja al lector entre destello y destello. Y es ese el empuje de la buena literatura. Esa que tanto nos gusta. Esa que queremos leer y releer porque sabe traernos la magia y la verdad. Esa que nos da la posibilidad no sólo de asombrarnos, sino también de aprender. Esa a la que hay que seguir la pista –no lo dudaría– muy de cerca. **Luna Miguel**



“Más afuera”

Jonathan Franzen

SALAMANDRA

Tras una extenuante gira promocional y dos años después de la muerte de su amigo íntimo y eterno rival David Foster Wallace, Jonathan Franzen sintió la necesidad de escapar lejos. Partió a una isla volcánica y remota llamada Masafuera (de ahí el título), armado con un ejemplar de “Robinson Crusoe” y dispuesto a esparcir las cenizas de su amigo. Allí, Franzen articula un lúcido y hermoso relato sobre las causas que probablemente llevaron al suicidio al autor de “La broma infinita”, alguien que, a su entender, atravesaba una crisis de “queribilidad” (es decir, que se sentía indigno de ser amado). Lo curioso es que en el lado opuesto de esta conducta, Franzen apunta como contraste la epidemia de “likes” que invade nuestras vidas virtuales en la “era de la estabilidad”, para dejar clara su doble faceta de detractor y cómplice de las nuevas tecnologías. A lo largo de los diferentes ensayos que componen “Más afuera”, el escritor nos abre la puerta de un universo privado plagado de filias y fobias, con un denominador común: su particular guerra cruzada contra el narcisismo cibernético y el solipsismo egomaniaco en los tiempos de la telefonía móvil. Dardos envenenados que compensa con su carta de amor a los pájaros en forma de eco-reportaje, o esa cascada de elogios en forma de crítica literaria que dirige a autores infravalorados e infraleídos y que son clave para la preservación de su propio ecosistema literario como James Purdy, Donald Antrim, Alice Munro o Paula Fox. **Laura Gamundí**

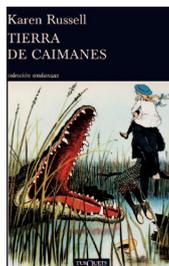


“La tienda y la vida”

Isabel Sucunza

BLACKIE BOOKS

Llego a este libro sin saber nada de su autora. Me leo sus 155 páginas del tirón. Una lectura divertida y altamente recomendable. En “La tienda y la vida” encontramos las reflexiones de Isabel Sucunza, algunas previamente publicadas en su blog; pero no se lleven a engaño, ni es un corta y pega, ni se ven las costuras. La autora nos interpela directamente presentando en tapa dura un debut ingenioso, un dietario de sus doce días de desventuras como dependienta en una tienda de ropa de un centro comercial, de cómo sus lecturas, o el intento de realizarlas a escondidas, chocaban con la realidad que traspasaba las puertas de la tienda con forma de posible cliente. Una metáfora de todos aquellos humanos que aparecen en nuestra vida para rellenar esos huecos de cuando no estamos leyendo, porque Sucunza es, ante todo, una enferma de literatura, que pone el oído en las rendijas, ya sea las de una conversación de bar o un contestador automático, que ella fabula convenientemente. Y ese día a día de “perfilar” lecturas, condicionadas por el factor fan, por el tamaño del bolso o por el interés en descubrir la literatura catalana (ella es de Pamplona), va acompañado de reflexiones acerca de teorías de las relaciones de pareja o de la vida en general. Una voz propia la de Sucunza, fresca, que exhala humor (marca Blackie) y una visión personal e intransferible. “Una lee, y lee y escribe y lee y lee y pasa un gato y le rascas la barriga”. Y así la vida del título se hace más llevadera. **Alex Gil**

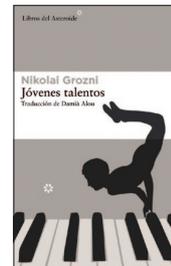


“Tierra de caimanes”

Karen Russell

TUSQUETS

Una de las manifestaciones más acusadas de la obsesión de la cultura estadounidense con la juventud radica en la producción en serie de talentos literarios, cuyo birrete lanzado al aire durante la ceremonia de graduación de la universidad aún no ha tocado el suelo, los cuales suelen compensar con la pericia técnica adquirida en workshops la falta de calcio vital de sus relatos. Karen Russell se sale del molde con la construcción de un universo mítico e íntimo al alcance de los verdaderos superdotados, que en su primera novela se articula en torno a una familia imaginaria, los Bigtree, heredera de la poética disfuncionalidad de Wes Anderson. “Tierra de caimanes” supone un melancólico, fantasioso y perturbador despliegue de estrategias para lidiar con la desaparición de una madre y esposa, que encuentra en la necesidad de renovar su decadente parque temático dedicado a las criaturas prehistóricas del título un reflejo de su propia travesía hacia un futuro que ya no será el soñado. La acumulación de capas narrativas y capas simbólicas que baraja Russell en el libro, donde tan pronto cala el mensaje ecológico como la condena al abuso empresarial, donde la pérdida traumática de la inocencia se entrelaza con el romance paranormal, y las formas de entretenimiento pueril entran en conflicto con la preservación de la pureza emocional y paisajística, explica que tan pronto haya entusiasmado a un constructor de catedrales terroríficas como Stephen King como a un inventor de artilugios variados sin función aparente como Jim Shepard. **Antonio Lozano**



“Jóvenes talentos”

Nikolai Grozni

LIBROS DEL ASTEROIDE

Que la música puede ayudarnos a luchar hasta contra los devoracerebros, entendidos éstos como todo aquello que un régimen, en este caso, un régimen comunista como el que reinaba en Sofía, la capital de Bulgaria, en los 80, pueda lanzar contra nosotros (pensad en diminutos pájaros mecánicos capaces de anidar en vuestro cerebro y gritar cosas como: “¡Camarada, deja de pensar!”) lo sabíamos, pero probablemente nunca habíamos tratado de ponernos en la piel de un chaval de 15 años que trata de huir de todo lo que le rodea a través de Chopin, Debussy, Bach. Un chaval llamado Konstantin que vive en la Escuela de Música de Sofía para Jóvenes Talentos, donde todo está hecho de sonido, un lugar privilegiado, como el sanatorio de “La montaña mágica” de Thomas Mann, a salvo del mundo, el mundo real, aquél en el que utilizar las palabras es un pecado. Como fue un pecado para Igor El Cisne, el profesor de música de cámara, aconsejarle que leyera a Nietzsche, pecado que le convirtió en una dócil gallina, lista para deambular por las calles abrazando árboles, fingiéndose loca, para seguir con vida. Porque las palabras, en la Sofía de los 80, las carga el Diabolo, mejor dicho, el Capitalismo, algo que el protagonista de esta historia, inocente escapista (y número 14), no tarda en aprender y a lo que debe hacer frente a la vez que se mide al resto de monstruos de la adolescencia (y eso incluye compañeros de clase que se apodan El Cuervo). Algo así como una adictiva versión búlgara (y musical) de “El guardián entre el centeno”. **Laura Fernández**